

Boda de pobreza

Chus Villarroel
Junio 2007

Uno de los mayores pecados que he cometido en mi vida ha sido juzgar al cadáver de una persona. Era un sacerdote y allí, de cuerpo presente, en pleno presbiterio, durante el funeral en el que concelebraba con otros quince sacerdotes, le juzgué por algunas de sus actuaciones. Fue en León, mi tierra, y se trataba de una persona amiga a quien yo quería y, más allá de la frontera, sigo queriendo. No fue propiamente un juicio sino un sentimiento de rechazo que allí se me hizo explícito. Le vi tan pobre, tan inerme, tan impotente, que esa pobreza sacó al consciente lo peor de mí mismo.

En aquel mismo instante supe que lo que estaba haciendo era algo muy serio. Más grave que mi propia intención. Yo entonces no tenía profundidad suficiente para saber que aquello era algo más que una frivolidad, por lo cual pienso que mi malicia subjetiva no fue demasiado grande pero, lo cierto, es que desde entonces todos los cadáveres encierran para mí un misterio espiritual que no he sabido formular. Acostumbro a orar sobre cada uno de ellos con fuerza, respetando su enigma, lo cual significa para mí una asignatura pendiente.

El tema se me hizo más denso porque, al cabo de un tiempo, una mañana, mi madre me dijo que aplicara la misa por unos familiares difuntos. Yo le respondí que no, que tenía dentro que ese día debía aplicarla por Don Fulano, el de León. En efecto, así lo hice y, después de misa, alguien, ajeno a mis intimidades, me dice: “¿Sabes que hoy se cumplen dos años de la muerte de Don Fulano?” Me quedé de piedra, no tenía ni la más remota idea, pero supe que aquel día entró a gozar de la plenitud de Dios.

Resolviendo el enigma

Hace unos días murió la madre de dos amigas. Estuve por la tarde en el tanatorio mientras Madrid se anegaba por las tormentas. Como otros cadáveres, el de Victorina, que así se llamaba, se me quedó grabado en el alma sin que se me desvelara el misterio. Al día siguiente por la mañana, en el metro, mientras iba de Móstoles a Madrid entendí algo muy importante. No veía el cadáver de Victorina sino el de Cristo en el sepulcro. Me impresionó profundamente la pobreza del cadáver de Jesús. Era un cadáver como el de cualquier otro ser humano.

Como el viaje duró una hora y pico, tuve tiempo para abismarme en la pobreza del sepulcro de Cristo. Su cadáver era tan pobre, tan impotente, tan necesitado como el de cualquier otro humano. Yo veía que le habían juzgado justamente y le habían matado también con justicia porque a pesar de no haber cometido nunca pecado cargó sobre él toda nuestra culpa. Y cargó hasta la muerte, es decir, hasta el abismo y la aniquilación. Su cadáver era el reflejo de la anulación total del ser humano que sucede en la muerte por efecto del pecado. La muerte, en efecto, es el salario o la paga del pecado.

Nunca había pensado en el cadáver de Jesucristo y en su inmensa pobreza. Es cierto que nunca cometió pecado pero al cargar con el pecado de todos sufrió sus

consecuencias, entre otras, la lóbrega soledad e impotencia de la muerte. Veía claro cómo la palabra de Pablo que habla de que Jesús se hizo pecado y maldición se manifestaba en su cadáver. Su humanidad, como la de cualquier hombre, habría terminado ahí para siempre. En realidad, cualquiera que en un momento determinado llegue a ser cadáver es un ser muy pobre aunque en vida no se dé cuenta. Mi mente iba y venía de la pobreza del cadáver de Cristo al de Victorina y viceversa, y veía como la pobreza de Cristo asumía la de Victorina, a la vez que ese misterio alegraba mi corazón.

Ampliando la experiencia se me hacía patente cómo la vida de ambos había sido de una pobreza total. En Victorina, como en cualquier ser humano, tal hecho es evidente. La pobreza de Cristo nos cuesta más asumirla y, sin embargo, fue un hombre entregado, que no se permitió iniciativa alguna personal sino que estuvo siempre colgado de las manos y de la voluntad del Padre. Su palabra no era suya, sus milagros no eran suyos, su trayectoria vital, toda entera, había sido conducida por sus Padre. Al entrar en el mundo dijo: *He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad. Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación que hizo Jesucristo de su cuerpo* (Hb 10, 9). Esa entrega total le llevó a ser un muerto más en la oscuridad del sepulcro. El tema del cuerpo entregado, cadáver en el sepulcro, es en la Biblia de absoluto realismo.

Sobre este cuerpo, sin embargo, reposan una palabra y una alianza maravillosas. En el capítulo 2 de los Hechos de los apóstoles nos dice San Pedro: *Era imposible que este cuerpo quedara bajo el dominio de la muerte sufriendo los dolores del Hades; porque David dice de él:*

*Veía constantemente al Señor delante de mí
puesto que está a mi derecha para que no vacile.
Por eso, se ha alegrado mi corazón y se ha alborozado mi lengua
y hasta mi carne reposará en la esperanza
de que no abandonarás mi alma en el Hades
ni permitirás que tu santo experimente la corrupción.*

Hermanos, permitidme que os diga con toda libertad cómo el patriarca David murió y fue sepultado y su tumba permanece entre nosotros hasta el presente. Pero como era profeta y sabía que Dios le había asegurado con juramento que se sentaría en su trono un descendiente de su sangre, vio a lo lejos y habló de la resurrección de Jesucristo, que ni fue abandonado en el Hades ni su cuerpo experimentó la corrupción.

El misterio resuelto

¡Cuántas veces he predicado sobre este capítulo de los Hechos! En él, mejor que en ningún otro sitio, se nos expresa el kerigma o anuncio fundamental del cristianismo que no es otro que la resurrección del cuerpo muerto de Jesús. Lo he predicado muchas veces pero no se me había revelado el texto de David por lo que me lo pasaba siempre por alto. Hoy he visto claro que Jesús no podía corromperse en el sepulcro. Es más, la promesa sobre su resurrección se hacía también promesa para el cuerpo de Victorina puesto que Jesús había asumido la pobreza de ella. Por eso a mí también se me alegró el corazón, mi lengua se soltó y me creció hasta el infinito la esperanza.

Por otra parte se me hizo clara la malicia del pecado que cometí en León. A un cadáver no se le puede juzgar porque Jesucristo ha hecho boda con su pobreza y juzgarle sería juzgar a Cristo que la ha tomado como suya. Esta revelación no fue para mí motivo de culpa sino expresión de una honda alegría y acción de gracias. Fue una mañana hosca y fría la del entierro de Victorina. Pese a ser primavera y mayo, el cielo

encapotado derramó lluvia sin respiro durante toda la mañana. Por dentro, sin embargo, mi espíritu se alborozaba y gocé de su victoria alcanzada sobre la muerte.

Lo que más me llegó al alma fue el tema de la humanidad de Jesucristo. Yo nunca había pensado en Jesucristo cadáver. Generalmente no somos capaces de vivenciar con realismo la pobreza radical de esa humanidad porque la maquillamos con los pensamientos y hechos brillantes de su vida. No nos damos cuenta que él lo recibió todo. Necesitó la oración más que ninguno de nosotros porque la carga que cargó sobre él fue absolutamente inmensa. Sí, hacía milagros pero desde una fe, una oración y una confianza total en su Padre que le asistía constantemente con su Espíritu.

Una de las razones por la que no descubrimos a fondo la humanidad de Jesucristo es porque creemos que sus dos naturalezas eran interactivas: unos ratos actuaba como Dios y otros como hombre, según el caso y la conveniencia. Si hubiera sido así, todo sería una burla y el durísimo sufrimiento del hombre y la muerte de Victorina no tendrían remedio alguno. Hay una palabra en la historia que siempre me ha alegrado profundamente. Es del Concilio de Calcedonia que al hablar de las dos naturalezas de Jesucristo dice: “inconfuse”. Es decir que esas dos naturalezas no pueden ser mezcladas o confundidas en el actuar de Jesús en esta tierra.

Es cierto que su subsistencia y personalidad eran divinas pero como nos dice otro bello kerigma:

*El cual, siendo de condición divina
no retuvo ávidamente
el ser igual a Dios.
Al contrario, se vació de sí mismo
tomando condición de siervo,
haciéndose uno de tantos
y apareciendo en su porte como uno más;
y se humilló a sí mismo
obedeciendo hasta la muerte
y muerte de cruz.
Por eso Dios lo exaltó
y le concedió el Nombre
que está sobre todo nombre.
Para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en los cielos, en la tierra y en los abismos
y toda lengua proclame
que Jesús es Señor
para Gloria de Dios Padre. (Flp 2, 6-11)*

Desde la fe

Una de las cosas que vi claras ese día es que la salvación no es algo mágico o determinista. La misericordia de Dios no destruye la libertad del hombre. Duro misterio, incomprensible para nosotros. Ni el cadáver de Jesús en el sepulcro es capaz de asumir el terrible engaño del que no se ha sentido ni querido ser pobre, es decir, el que no ha dejado al Espíritu Santo iluminar su pobreza, permaneciendo, por tanto, en la rebeldía original.

Todo el kerigma que yo prediqué ese día y que expreso en este artículo, sólo fue posible desde la certeza de que Victorina creyó en todas estas cosas. Era una mujer con noventa y seis años y, por lo tanto, las formulaciones de su fe serían las que fueran,

dependiendo, claro está, de su tiempo, de su educación y de tantas variables como concurren en la vida de un hombre, pero la base misteriosa de acogida a la gracia existía en ella. Una sencilla oración, un doblar las rodillas, ¡valen tanto...! Simplemente dos actos así desactivan el poder de la soberbia y rebeldía original y nos hacen entrar en la órbita del perdón y la misericordia.

Hoy día asistimos a una campaña laicista en pro de “una muerte digna”. Se trata de que el paciente decida por sí mismo, desde sus cálculos y su razón, el momento en que debe dejar este mundo. Esta gente hasta en la muerte quiere ocultar su pobreza hurtándole al cadáver de Jesucristo la posibilidad de hacer una boda con ella. Mueren sin fe y sin comunión con la pobreza de Jesucristo y sin que, por tanto, resuene sobre su cadáver una palabra de alianza y resurrección. Al único cadáver al que se le ha prometido la resurrección por no conocer pecado es al de Cristo. La muerte irredenta de éstos es la expresión máxima de la rebeldía original comiéndose con ella la última, irreversible y más grande de todas las manzanas.

Esta gente no muere pobre sino ricos, riquísimos de sí mismos. Su muerte no tiene nada que ver con ciertos suicidios hechos desde la enfermedad que no comportan ni ateísmo ni soberbia. Es muy distinto. Los laicistas no se sienten criaturas necesitadas de los brazos de alguien sino que desaparecen por propia decisión, como lo haría un dios. La soberbia que hay en esta postura, por muy culturizada que esté, es inaudita. Si en el desenlace se conoce al hombre, está claro que éstos llevan en la frente la marca de toda una vida de endiosamiento. El viejo pecado adquiere en esa decisión su total plenitud. Evidentemente la denuncia va más por las actitudes que por las personas porque el secreto y la verdad última de cada hombre sólo Dios la conoce.

Sin embargo, no hay ni una sola muerte digna. Todas son profundamente indignas y tétricas, incluso la de Cristo, al ser profundamente pobre. Es una inexorable derrota a la que el hombre sucumbe como salario del pecado. Cristo no lo cometió pero cargó con sus efectos. La muerte, vampiro insaciable, muerde la carne de todos los hombres con sed y ansia de aniquilación. El que quiere morir dignamente desde sí mismo entra voluntariamente en el agujero negro de la suciedad e indignidad con un despertar en el que sólo se perfila el horizonte de la nada.

Me vienen a la memoria ahora aquellos versos que el joven Zorrilla recitó en el cementerio en el entierro de Larra:

*Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.*

Victorina no se libró de la muerte, pero sí de la segunda muerte de la que nos habla el Apocalipsis. En su entierro aleteó una esperanza distinta de la del cementerio de Larra. El kerigma anunció sobre su cadáver una resurrección inmerecida, transmitida por Jesucristo que sí se la mereció. Gracias a la fe de Victorina el kerigma no fue una voz funeral sino un canto de gloria. ¡Qué triste es una muerte y un entierro sin kerigma!

Sepultados con Cristo

El que mejor formula toda la teología que se expresa en este artículo es San Pablo. Por eso no quiero dejar de hacer sobre ello un breve comentario antes de terminarlo. El capítulo 6 de la carta a los Romanos no tiene desperdicio en este sentido. En el versículo 3 dice: *¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados por la fe en*

Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Hemos sido sepultados con él en la muerte, a fin de que, igual que Cristo fue resucitado por la gloria del Padre, así también nosotros lleguemos a una vida nueva.

Pablo nos sugiere que para ser bautizados del todo con Jesucristo en el sepulcro, debemos comenzar a actuarlo ya en esta vida. Bautizar significa sumergirnos, convertirnos, identificarnos con algo, en este caso con Cristo. Esta tarea es imposible para un hombre. Ahora bien, lo mismo que Jesucristo fue resucitado por la Gloria del Padre, es decir, por el Espíritu Santo, el hombre debe ser liberado de su hombre viejo, de su soberbia original, de su rebeldía, por la misma Gloria. Una fe no adulterada nos lleva a vivir ya desde aquí de esta gratuidad.

El pecado más grave del hombre es el pecado espiritual que consiste en querer salvarse por sí mismo mediante sus obras o con el endurecimiento del corazón. En ambos casos uno no se sepulta con Cristo. Sepultarse con Cristo significa dejar que la Gloria del Padre nos haga tan pobres en vida y en muerte como Jesucristo lo fue, ya que sólo sobre esa pobreza se pronuncia la palabra de una vida nueva resucitada. Nosotros no somos capaces de hacernos cargo de nuestra pobreza. La pobreza de un cadáver no está en lo que se ve sino en la imposibilidad de hacer algo por sí mismo. Lo mismo ante Victorina que ante mi madre sólo me salió una frase: “¡Qué muerta está!” Para conectar con Cristo, para que se haga la boda, vaciados totalmente de nosotros mismos como él se vació, tenemos que dejar al Espíritu que lo actúe en nosotros en esta vida. El Espíritu Santo es el que une nuestro cadáver con el de Cristo para ser ambos resucitados.

San Pablo lo resalta en el versículo 5: *Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él a fin de que dejáramos de ser esclavos del pecado.* El que quiere “morir dignamente” desde sí mismo no deja de ser esclavo del pecado sino que muere en pleno endurecimiento queriendo ser como Dios. En esas muertes se escuchan los ecos del Génesis y el deslizarse de la culebra que merodea para confirmar al hombre en la rebeldía original. Es el viejo pecado dueño del hombre viejo. Ahora bien, cuando uno deja que su hombre viejo, su cuerpo de pecado, sea crucificado y sepultado con Cristo, queda liberado de ese pecado y se hace apto para la boda de la resurrección.

Por eso, termina San Pablo estas consideraciones, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre, mas su vida es un vivir para Dios. Así también vosotros consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús (vs. 8-11). El cadáver de Cristo fue un cadáver tan pobre como el de otro ser humano porque su muerte fue un morir al pecado, aunque no lo cometió. Por lo tanto fue un morir a tu pecado y a mi pecado. Su muerte fue un acto de suprema liberación. Victorina, y tú y yo, murió como consecuencia de su pecado pero la liberación de tal pecado se dio en la muerte de Cristo. ¿Puede haber una boda más bella que la de Victorina el día de su muerte?